

# LOS INVESTIGADORES MAS

Su juventud contrasta con la imagen que en general se tiene de los científicos, esos ancianos de guardapolvo gris que viven encerrados en sus laboratorios entre tubos de vidrio de los que sale humo, con extraños aparatos que emiten chisporroteos...

Aún no han cumplido los 30 años y ya están decididos a dedicar sus vidas a la investigación. Trabajan sobre temas cuyos nombres suenan indescifrables para el común de la gente, como si se tratase de otro idioma, pero muchos de los problemas a los que se enfrentan no son estrictamente científicos: son las mismas dificultades que aquejan al país en su totalidad. A pesar de esos contratiempos, tan comunes, siguen empeñados en encontrar nuevas respuestas y develar, todos los días, complejos misterios de la ciencia.

¿Qué es lo que los mueve? ¿Cuáles son los problemas que afrontan? Estas son algunas de las preguntas que contestaron a Clarín Revista varios investigadores jóvenes de distintas ramas de la ciencia.

## POR QUE LA INVESTIGACION

**José Oubliá**, médico de 28 años que se encuentra becado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), da algunas de las claves que ayudan a explicar esta vocación poco común. "Yo me había iniciado en la docencia -dice-, de pronto me di cuenta de que lo que en realidad quería era transmitir mi experiencia, la que yo mismo pudiera encontrar y que no tenía que estar necesariamente en los libros. Además... aquí hay otra cuestión -agrega tras una pausa-, una cuestión de búsqueda de la verdad, de no aceptar como norma aquello que se nos da como supuesto..."

En algunas carreras, que parecen orientadas desde el vamos a desentrañar los misterios de la naturaleza, la decisión ya estaría tomada desde siempre. "¡Es que desde el momento en que una empieza a estudiar biología -exclama Patricia Pardo, también de 28 y también becada por el CONICET- ya está decidiendo dedicarse a la investigación!"

Curiosamente, en la explicación que intentan estos jóvenes investigadores aparece una palabra inesperada. "No es sólo por saber, por el hecho de investigar -piensa en voz alta Graciela Triay, de 29 años, licenciada en matemáticas-; aquí, además, hay un nivel de juego que no puede encontrarse en otras actividades. ¡Sí! -confirma alegre de haber encontrado la respuesta-, cualquier cosa que sea investigación es además un juego..."

Silvia Danon, también matemática, pero menor aún (no cuenta 24 años todavía), coincide con Graciela aunque aporta, sin embargo, otro elemento que pone sobre el tapete las serias dificultades que enfrentan estos jóvenes decididos a investigar. "Pero cuánto tiempo puede una estar jugando?

do? -se pregunta-. Si no aparecen otros resultados, aparte de los científicos, el juego se deteriora... Es gratificante, claro, ¡pero también hay que poder vivir! Muchos se van cansando de jugar solamente... sin poder llegar a fin de mes. Willie, por ejemplo -exclama recordando el caso de un compañero ausente-, después de varios años de investigación decidió poner una verdulería..."

Debe haber una atracción muy grande en esto de la investigación para que, a pesar de las dificultades, la deserción sea tan reducida. "Es algo parecido a lo que sienten los artistas -exclama otra vez Patricia-, el resultado de un experimento es creación de una... Es un juego de adultos -coincide también con Graciela-, y una se entusiasma como un niño..."

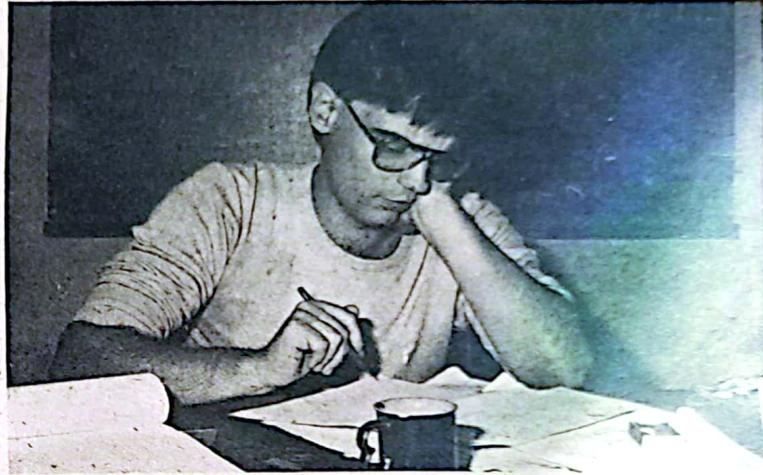
**Claudia Tomes**, química de 26 años becada por la Universidad de Buenos Aires, vuelve a los argumentos racionales. "Tal vez las cosas con que trabajamos no tengan aplicación inmediata -dice-, pero nunca se sabe qué puede pasar en el futuro... Y es siempre saber por qué las cosas pasan y cómo pasan -subraya-; ésta es nuestra creación: ni música ni pintura..."

Estos jóvenes que eligieron la investigación reconocen que las posibilidades de trabajo; para ellos, son francamente malas. "No hay salidas laborales fuera de la Universidad o el CONICET -declara francamente Andrés Fundias, licenciado en matemáticas de 25 años-; irse del país tampoco es solución... siempre es muy difícil hacer el doctorado..."

Graciela Triay coincide. "En todo el país no hay más que cinco o seis consultorías de empresas, que ocupan a 15 ó 20 matemáticos en total -informa-; otra opción es la docencia, pero en general no es el objetivo de los que estudiamos esto. Además, no permite vivir... En cuanto al CONICET -corrige a Andrés-, cada vez da menos becas..."

Estos jóvenes quisieran poner su investigación al servicio del desarrollo del país. "Estamos listos para encarar los trabajos que pueda necesitar la industria nacional -dice Juan Pablo Rossi, bioquímico, investigador asistente del Instituto de Química y Fisiología Biológica (IQIFIB)-; sería necesario, para eso, que la industria volcara recursos a la investigación. Pero haría falta otro perfil económico..."

No sólo la recesión; también la dependencia tecnológica del país contribuye a frenar las posibilidades de trabajo de los jóvenes investigadores. "En general, los procesos industriales se traen de afuera -informa Demetrio Stojanoff, licenciado en matemáticas de 26 años, becado por el CONICET-; se compran en el exterior. Que nosotros tengamos o no trabajo depende de la situación en que se encuentre el aparato productivo -subraya-; depende de que haya o no demanda de lo que nosotros hacemos..."



"Cuando uno se plantea en qué quiere trabajar, se da cuenta de las restricciones que tiene la investigación" (Guillermo Cortiñas, licenciado en matemáticas de 24 años)



"¿Irse o no irse del país?" (Marina Echeverrigaray, arriba) "Se juzga a los científicos por los artículos publicados en las revistas extranjeras" (Juan Pablo Rossi)

